



LA SOLUCIÓN ES NO BUSCAR LA SOLUCIÓN

Uno de los grandes obispos de los primeros siglos cristianos, San Juan Crisóstomo, cuya vida fue un tejido de difíciles pruebas, abordó el problema del mal en muchas ocasiones. Sus fieles se lo planteaban y él necesitaba darles respuestas satisfactorias. Y como era un santo que hablaba a creyentes, extraía sus mejores argumentos no de una encuesta de sociología religiosa realizada en Antioquía o en Constantinopla, ni de un análisis psicológico de la angustia del hombre frente al mal, sino de la revelación divina. Si no hay mal en la ciudad que Dios no haya permitido ¿no resulta razonable interrogar al mismo Dios sobre los motivos de sus disposiciones?

El santo dibuja primero el cuadro de los males que afligían entonces a su comunidad: enfermedades, pobreza, duelos y otras secuelas de

la guerra: «¿A cuántos hombres no veis sufriendo de elefantiasis durante toda su vida? Cuántos, desde la infancia hasta la ancianidad, siempre ciegos; otros, ciegos por accidente; otros, víctimas de la pobreza; otros, languideciendo en las prisiones; otros, enterrados vivos; otros, llevados a la guerra. ¿Son éstas las señales de la divina bondad, os pregunto? ¿Acaso no podría Dios prevenir estos males, si hubiera querido hacerlo? Por el contrario, los ha permitido... ¿Entonces?» Con las correspondientes variantes, el problema podría ser planteado del mismo modo en nuestros días por el arzobispo de París, por un obispo hispanoamericano o por un sacerdote clandestino en la China.

Y ¿qué responde el obispo de Constantinopla? Con el vigor varonil de San Pablo, modelo predilecto del santo, va directamente a la fuente: «Para tales cuestiones no hay más que una solución posible: la fe, la fe que cree que Dios lo hace todo con justicia, con bondad, con utilidad para nosotros, y que la razón de su conducta es incomprensible. He aquí la única solución; no hay otra mejor». Y el santo condensa su pensamiento en algunas frases, maravilla de profundidad y de claridad: «¿Cuál es, decidme, la mejor solución? La de no buscar solución, porque todo está explicado. Si estáis bien persuadidos de que todo está administrado por la divina providencia, que permite determinadas cosas por razones que sólo ella conoce, y que actúa en otras, estáis liberados de toda búsqueda y gozáis del beneficio de la solución».

Dios misericordioso siempre está a punto para echarnos una mano. Pero nosotros hemos de desear agarrarnos a ella.

EN EL MINIGOLF

En una soleada tarde de sábado fui con un buen amigo y sus dos niños a jugar al minigolf. Se dirigió a la taquilla y preguntó al empleado cuánto costaba la entrada.

-Tres dólares para usted y lo mismo para cada niño mayor de seis años. Hasta los seis tienen entrada libre. ¿Qué edad tienen? preguntó el muchacho.

-Tres y siete años -contestó el padre, o sea que le debo a usted seis dólares.

-Oiga, señor -le dijo el muchacho de la taquilla-. Podría haberse ahorrado tres dólares sólo con decirme que el mayor tiene seis. Yo no me hubiera dado cuenta de la diferencia.

-Es probable que usted no se hubiera dado cuenta -asintió-, pero los niños sí.

En tiempos tan difíciles como éstos, en los que la ética es más importante que nunca, asegúrate de que estás dando un buen ejemplo a todos los que trabajan y viven contigo.

P. F.

Leer despacio y meditar. Las lecturas provechosas son como la lluvia menuda, que no se pierde ni una gota.

UNA CASA SILENCIOSA

No me di cuenta de lo silenciosa que era mi casa hasta que empecé a visitar la de otras personas cuando tenía, quizá, diez o doce años. Al recordarlo ahora, me doy cuenta de lo atractivas que me parecían las casas de los demás. En ellas todo parecía estar lleno de vida. Mi mejor amiga nunca quería venir a mi casa, aunque mis padres eran amables con ella. Ahora entiendo por qué: el silencio. En su casa la gente hablaba durante las comidas y las cenas o incluso hacían constantes comentarios mientras veían la televisión.

Para mí también tiene un alto valor en la relación familiar la comunicación. No me refiero a ese tipo de chacharas sin sentido sino al intercambio de sentimientos, ideas, pasiones, opiniones, conceptos, valores, donde explicamos quiénes somos e invitamos a nuestros familiares a hacer lo mismo.

Esto tiene especial relevancia en el trato con los niños porque a ellos les cuesta tiempo y esfuerzo expresarse. Conviene hablarles, pero también hay que escuchar con extrema atención tanto lo que dicen como lo que, por falta de experiencia, todavía no saben decir. Esta es la forma a través de la cual los hijos saben que sus padres se interesan por ellos, y el resultado es infinitamente más efectivo que el aplauso tras una actuación. Dedicemos un tiempo a compartir con nuestros hijos el arte de la buena conversación. Todos saldremos ganando. Seguro.

A.V.N.

LOS AZULES Y LOS VERDES

En Bizancio (actual Constantinopla) durante el reinado de Justiniano (527-565) ocurrió un incendio que arrasó la ciudad con motivo de una rara costumbre reinante en Bizancio en aquel tiempo y que indica la degeneración de costumbres en el Imperio griego. Todo el interés popular se concentra entonces en el gran circo, el Hipódromo. Allí estallaban las pasiones en su más elevado diapason, como en otro tiempo en las asambleas populares. Pero lo que se discutía allí entonces eran apuestas, no problemas sociales. Los dos partidos rivales se llamaban «azules» y «verdes», según el color de los mantos deportivos. Interesaba más a la gente los pros y los contras de verdes y azules, que saber quién reinaba en el Imperio romano y si aquel mismo imperio tenía posibilidades de sobrevivir.

La lucha entre partidos adquirió un matiz político, ya que en el hipódromo -un ambiente propicio, sin duda- promulgaba el gobierno los decretos y la corte favorecía ya a los verdes, ya a los azules. También en el hipódromo podía expresar el pueblo sus anhelos y sus quejas al soberano que escuchaba sentado en su trono, coronado y con el cetro en la mano. Más de una vez aprovechó el populacho la ocasión para proferir contra el emperador amenazas e injurias. Un día, las pasiones se exacerbaban tanto que la sesión terminó con una revolución auténtica en la cual el populacho incendió gran número de edificios. Belisario, el general en jefe, movilizó sus tropas y sofocó la revuelta con un baño de sangre en el que perecieron unas 30.000 personas. Así terminó la parodia política que se había tolerado hasta entonces en el circo con relativa libertad. En lo sucesivo, y para evitar que se repitiesen tales acontecimientos, Justiniano promulgó la prohibición general de llevar y fabricar armas. Esta industria quedó reservada en el futuro a los talleres del Estado y se guardarían en adelante todas las armas sólo en los arsenales imperiales. Sin embargo, estas medidas surtieron poco efecto. Las querellas entre azules y verdes no terminaron y no pasó un año sin que volvieron a producirse revueltas y efusiones de sangre.



Y es que la violencia del hombre cuando se aleja de Dios y menosprecia a su prójimo no puede ser prohibida a base de leyes: podrás atar las manos o impedir que circulen armas pero es el corazón libre el que acepta o rechaza el odio que buscará los medios de convertirse en violencia verbal o física.



HAZLO TODO POR DIOS

San Ignacio de Loyola recomendaba a sus religiosos que procuraran siempre buscar en todo la gloria de Dios. Pero ¿qué es la gloria de Dios? Parece que proponerse enaltecer al creador, darle la fama y el honor resultante de sus grandes hechos y excelentes cualidades, es algo superfluo para Dios; imaginarlo disfrutando como nosotros del gusto y placer que produce la gloria es realmente tonto. ¿En qué consiste entonces su gloria?

Digamos de entrada que la gloria de Dios y la gloria humana son únicamente coincidentes en una vaga analogía. La gloria humana es pequeña y, como las falsas monedas, es de poca duración. Víctor Hugo escribió que la popularidad es gloria en calderilla. Con frecuencia va unida a la vanidad y al orgullo. Todo termina en un hermoso epitafio. El hombre adquiere igualmente gloria y fama haciendo buenas obras que acciones infames. La gloria y los honores suelen ser culto a los muertos. El renombre de un hombre, hasta por hechos virtuosos, es, según Boecio, hinchazón de viento. Ayuda a estimular nuestro trabajo por algún tiempo y nada más. De ahí que hayamos tenido que inventar el término vanagloria para significar muchas veces vanidad y orgullo despreciables.

La Biblia, en cambio, habla mucho de la gloria de Dios, pero en distinto sentido: se refiere siempre a la grandeza y resplandor de sus obras y a su poder. Otras veces la gloria de Dios es su santidad y belleza infinitas. Es su gloria, infinita como todas sus perfecciones, la que da sentido al acto creador. La posee desde toda la eternidad. No ha necesitado adquirirla y nadie se la ha dado.

El hombre reconoce esta gloria de Dios por medio de la creación y de la gracia, viéndose obligado a responder con diversidad de alabanzas a sus perfecciones, por encima de todo lo creado. Todos tenemos que reflejar en nuestra persona y en nuestra vida algo del resplandor divino.

Tan importante es el hallazgo de un buen libro, que muchas veces una lectura cambió el destino de un hombre. San Ignacio es un ejemplo, entre mil.